Aparentemente

Ahnira Sang

Capítulo 1

Aparentemente

Pasarían su primera noche en aquel hotel de aire modesto que se encontraba no muy lejos de la terminal del transbordador que los había llevado hasta aquella hermosa isla, la isla de Gotland. Situada en el mar Báltico, a una distancia de 90 kilómetros de la hermosa y firme tierra de Suecia.

"*Azucena y yo hemos llegado al hotel Stenugnen, no es difícil llegar andando. Aquí una foto del lugar. Los esperamos."* Leyeron el mensaje que había recibido Alex cuando aún se encontraban camino a la isla, y no pasó mucho tiempo cuando se vieron bajando del blanco y grande ferry, admirando el hermoso paisaje que se extendía ante sus ojos. Sin lugar a dudas, ese sitio superaría sus expectativas pues, con el simple hecho de ver la enorme muralla de piedra que rodeaba la ciudad de Visby, pudieron darse cuenta de las expresiones de asombro en sus rostros, sin poder ocultar sus sonrisas al verse unos a otros. La ciudad de las rosas y de las ruinas los esperaba.

Luego de acomodarse en las diminutas habitaciones, se dispusieron a descansar y recargar energías para el siguiente día, pues su viaje no había sido placentero, sino pesado y lleno de discusiones, aunque no habían iniciado bien, aún tenían esperanza de pasarla bien una vez instalados ahí.

Siendo ya de mañana, se levantaron para disfrutar en la sala de desayuno sus merecidos alimentos, los cuales ofrecía el amable servicio del hotel. Sin embargo, a pesar del agradable olor a café y pan que inundaba la habitación, Leonardo, no podía soportar un segundo más al lado Catalina, quien insistía una y otra vez en volver a Estocolmo y quedarse ahí en lo que el resto hacía el anhelado recorrido de la ciudad de Visby; aquel que habían esperado su llegada hacía 19 largos meses de planeación, arduo trabajo y estricta administración financiera. Lo habían hecho antes, era casi tradición suya proponerse y lograr realizar esos trayectos —a veces largos, a veces cortos— y ahora no podían permitirse la retirada de una de sus camaradas sólo por un mal presentimiento sin importancia.

—Entiende que es normal, hemos viajado durante horas —repuso Sinaí por quinta vez— Simplemente estas cansada.

—No, no, ¡quiero volver! No me había pasado nunca esto, no pasó en nuestro viaje a Viña del mar, ni siquiera en el Amazonas, tampoco me sucedió cuando fuimos a San Francisco. —Expresó Catalina, inquieta, sin

tocar su desayuno.

—Recuerda que es la primera vez que llegamos tan lejos, es diferente, hemos viajado hasta otro continente—Alex, con calma, se acercó hasta ella y dejó el libro que leía sobre la mesa—. Necesitamos que te tranquilices para que puedas disfrutar del lugar, no olvides que si te pierdes esto terminarás lamentándote como cuando no fuiste al sur de México con nosotros —le dio unas suaves palmaditas en la cabeza—, y ,cuando vayamos a Venecia, no entenderás de lo que hablaremos sobre esta maravillosa ciudad.

—¡Ni me lo recuerdes! —Apartándole su mano de la cabeza—. Alguien tendrá que acompañarme a Cancún, ¡esto no es justo!

—¡Guarda silencio, Catalina! —Leonardo, caracterizado por su falta de tolerancia, se levantó de su asiento, dispuesto a dar un paseo—. No debemos perder tiempo valioso que podemos invertir en conocer otro lugar, sólo por tus caprichos. Fue tu decisión, así que afronta las consecuencias. Eso, o vas tú sola.

Hizo a un lado bruscamente a Alex, quien se encontraba en su camino, y salió echando humo por la cabeza después de haber aguantado tanto tiempo en silencio.

—¡Ahora si fue enserio! —Descoyuntado en risas expresó Kevin, sin poder evitar atragantarse un poco con el pan casero que tenía en su boca— Ese hombre no tiene remedio, superó mis expectativas y duró una eternidad antes de enfadarse. Lo sabía, lo sabía.

—Cállate, tonto. —Sinaí le propinó tremendo golpe en el hombro con el libro de Alex.

El dueño del libro negó con la cabeza y tomó asiento con serenidad para alimentar su estómago vacío. Siempre era así, pero Catalina solía ser despreocupada como una niña en los viajes que habían hecho y era inquietante verla de esa manera ahora.

Todo eso de sus alocados viajes había empezado por que Sinaí, una chica de fría personalidad —pero de gran corazón—, ganó un viaje todo pagado gracias a un concurso académico, en el cual, podía invitar a dos amigos. Por supuesto, sus inseparables compañeros se apuntaron antes de que ella pudiera decir nada: Derek y Alex. Ambos, amables y concienzudos de sacar lo mejor de su amiga en todo momento, bromeando siempre con ella, el primero, y el segundo, protegiéndola como a una hermana

pequeña.

Los tres vivieron una experiencia inolvidable, tanto, que prometieron volver a viajar juntos, buscando por todos los medios posibles cumplirla hasta volverla en algo fundamental de sus vidas. Y, con el paso de los años, se unieron a ellos: el delgado, alto y de lentes, Kevin —quien siempre alegra al grupo con sus tonterías—; de ojos grandes, cabello castaño claro y dulce sonrisa, Catalina, sincera y llena de inocencia; también, de fuerte de carácter, pero buen amigo, quien siempre los saca de apuros, Leonardo, que nunca pasa desapercibido por su fornida figura y eterna cara de enfado; y, no menos importante, la amable amiga de la infancia de Sinaí y ahora esposa de Derek, Azucena, que, con su calculadora forma de ser, ha organizado de manera excelente su forma de emprender los viajes. Es bella, sofisticada y su blanca piel logra hacer un contraste perfecto bajo su larga melena azabache.

Lo más enigmático del lugar era ese aire de época medieval que lo rodeaba todo, atrapándolo en el tiempo y remontándolo al pasado donde los vikingos dominaban esa tierra. Visby, estaba llena de calles empedradas, grandes jardines y construcciones arquitectónicas antiguas. Su magia, lograba hacerte sentir dentro del siglo XV, enajenándote con la realidad, y luego, devolviéndote con los aromas que despedían los tantos restaurantes y cafeterías que servían comida deliciosa en un entorno medieval que podía cautivar hasta al más exigente paladar.

Azucena no paraba de tomar fotografías a todo lo que se le cruzaba enfrente, una hermosa pareja japonesa, un perro muy juguetón, hasta a una carismática niña que había comprado un enorme helado. Las construcciones, por supuesto, no podían salvarse y no dejaba de sorprender a sus queridos camaradas mostrando sus fascinantes rostros con sonrisas o caras de malestar, en el caso de Catalina, pues Azucena podía verla a través de la lente —estaba a punto de cruzar la calle, pero podía verla de cerca gracias al zoom—, eso hasta que Leonardo se interpuso entre ambas, dándole la espalda a la camarógrafa. Al parecer le estaba preguntando cómo se encontraba, Catalina se limitó a negar con la cabeza y luego caminar insegura detrás de los demás. Leonardo no dejó de observarla, mostrando una verdadera preocupación reflejada en su semblante, probablemente, una preocupación más grande que la del resto del grupo.

Azucena suspiró.

—De acuerdo, ya hemos hecho nuestro estricto recorrido en grupo, la ciudad es maravillosa sin lugar a dudas —Azucena tomó palabra en cuanto

logró alcanzarlos, con la cámara fotográfica en manos—. Pero, cada quien es libre de hacer lo que le plazca en este momento. Nos vemos a la hora de la comida, ahí.

Y señalando un restaurante, desapareció entre la multitud con una sonrisa en sus labios, aferrándose cariñosamente al fuerte brazo de Derek. Joven de mediana estatura, espalda ancha y sonrisa refrescante. Nadie podía separarlos ni hacerlos entender razones en el año que llevaban de casados, parecía como si recientemente se hubieran vuelto apenas novios.

—¡Vaya, a esos nadie los detiene! Pero yo, volveré al hotel, ya tengo suficiente el día de hoy, sigo teniendo escalofríos y … —Catalina se detuvo antes de terminar la oración, no quería preocuparlos a ellos también—, olvídenlo, diviértanse. —forzó una sonrisa, y se fue sin más, ignorando lo que estaba hablando con Leonardo anteriormente, quien se quedó callado sin más.

—Ve con cuidado —dijo Alex, preocupado por ella.

Leonardo se quedó cruzado de brazos, con el ceño fruncido, mientras veía a Catalina alejarse a paso lento.

—Entonces, muchachos, ¿Qué quieren hacer ahora? —preguntó Kevin con una gran sonrisa, rodeando los hombros de Leonardo y Sinaí al mismo tiempo.

—Me gustaría visitar el museo de Gotland —una leve sonrisa se mostró en los labios de Sinaí.

Leonardo aceptó que era buena idea y, quitando bruscamente el brazo del compañero, comenzó a caminar.

—¿Qué? ¡¿No piensan venir?! —dijo, al notar que nadie lo seguía.

—¡Claro, mi grandulón gruñón! —Kevin corrió hasta alcanzarlo y volverlo a abrazar, irritándolo.

—Nunca cambiarán —afirmó Alex con una fresca sonrisa, natural—, ¿cierto?

—No tienen remedio, son polos opuestos y Kevin se esfuerza en ganárselo. Pero creo que está logrando lo contrario.

Ambos rieron y caminaron más despacio. Hacía poco tiempo que Alex había notado algo, se preguntó ¿desde hace cuánto tiempo lo ignoraba?, pero ahora estaba seguro de que Sinaí tenía algo especial que lograba

atraparlo sin darse cuenta.

Su largo cabello castaño cobrizo caía en ondas sobre sus hombros, sus mejillas rosadas eran un encanto natural que poseía aquella joven de baja estatura y misteriosa forma de ser. Aunque él la conocía bien, aún le intrigaban esos ojos café intenso que lo miraban en ese preciso momento.

—¿Alex? —pronunció su nombre con tanta suavidad que el joven lo único que logró hacer fue voltear su mirada a otro lugar, evitando que el calor en su rostro fuera evidente.

—Creo que es muy interesante el lugar—el joven llevó la mano hasta su lacia cabellera castaña—, han conservado muy bien los antiguos hogares, el Ringmuren, a pesar de que tiene casi tres metros kilómetros y medio de longitud, y las ruinas de las iglesias…

—Pienso lo mismo —agregó ella, sin más.

La joven apuró el paso hasta alcanzar a los otros dos y seguirles el ritmo a pesar de sus cortas piernas, mientras tanto, Alex se despeinaba el cabello de la nunca, preocupado por lo que estaba sintiendo en su interior. Respiró hondo y decidió alcanzar a sus amigos antes de ser abandonado. Tenía que comportarse de lo más normal, sino, solo levantaría sospechas a los demás. Quería que la primera en darse cuenta fuera ella.

—¡Foursalen es excepcional! —exclamó eufórico el joven alto y de lentes, mientras salían del museo, pues siempre le había gustado todo lo relacionado con la historia.

—Es Fornsalen… —corrigió Leonardo.

—¡Visby era un lugar de poderosa influencia comercial! Y todos esos artefactos… no puedo creer que tuvieran lentes con casi exacta calidad de las que hay actualmente…—continuó hablando sin parar, ignorando a propósito la corrección de su amigo, irritándolo.

Ya iban en camino hacia el lugar donde habían quedado para volverse a encontrar cuando se vieron atrapados en una de las tantas callejuelas medievales abarrotada de gente, donde ofrecían distintos productos de toda clase. El tumulto de gente pronto los agarró y obligó a dar un recorrido por los comercios que se encontraban asentados, listos para vender en cualquier momento. Después de caminar con gran interés entre comercio y comercio, la chica se acercó curiosa entonces a un puesto de admirables figurillas de vikingos que con gran detalle se posaban entre varios artículos similares que se encontraban en venta para favorecer la economía de algún habitante nativo de la bella y misteriosa ciudad.

—¡Raawrr! —exclamó travieso Kevin, mostrando la figurilla de un robusto vikingo a escasa distancia del rostro de Sinaí. Sin lograr que la chica se inmutara al respecto, le preguntó si estaba divirtiendo.

—Claro que me divierto.

—A veces me pregunto si detrás de esa mujercita de hielo hay un corazón —expresó el joven alto de lentes, con carismático tono.

La pequeña solamente sonrió levemente y le dio una palmada en el brazo, para seguir caminando entre las personas. Kevin la siguió y dejó escapar un suspiro.

—A decir verdad, no eres muy diferente de Leonardo, siempre están ocultando algo —Sinaí lo observó en silencio, Kevin le dedicó una sonrisa—. Por algo la vida nos hace amigos.

Se alejó entonces, y se perdió entre las personas. Mientras, Sinaí se había quedado sumergida en sus propios pensamientos. A decir verdad, Kevin era un enigma aún más grande que cualquiera de ellos dos.

En ese instante Alex se encontró con ella, aprovechó para tomarla de la mano y salir de ahí, quería pasar un momento a solas con ella. Mientras caminaban, muy aprisa, los ojos curiosos de la joven no dejaban de verlo, preguntándose el porqué de sus acciones, y cuando no pudo más, se soltó de él y se detuvo en seco mientras jadeaba de cansancio. *"¿Qué es lo que pasa, Alex?"* cuestionó seriamente, apoyando sus manos en las rodillas, recuperando el aliento. Pero él no supo que responder, ¿qué es lo que debía decir exactamente? ¿Que no pensaba realmente lo que hacía? ¿Que estaba locamente enamorado de ella, de sus ojos, de sus labios, de su ser? ¿Que no sabía cuánto tiempo iba a soportar en silencio todos esos sentimientos que crecían dentro de él? ¿Qué podía perderse en su mirada y sentirse cálido con simplemente rozar su piel? ¿Que solo bastaba

escuchar un “yo también”?

Imposible.

—Pensé que te gustaría algo para mañana —señaló improvisadamente un lugar donde rentaban vestuarios antiguos—, recuerda que mañana empieza el Medeltidsveckan.

—La semana medieval… ¡Pero qué locura! Dios, ¿me trajiste hasta aquí solo por eso?, me diste un gran susto. Pensé que algo había pasado con…

—¿Catalina? No, ella debe estar bien. No me ha llamado ni nada.

—Son ustedes muy cercanos, ¿verdad? Me da gusto que al fin te dieras cuenta de que… —optó por cambiar el tema, o más bien, volver a él—. Pero ¿por qué me trajiste sólo a mí?

—Eso es porque no estaba seguro de que fuera una buena idea, y pensé en consultarlo primero contigo —contestó el castaño, nervioso ante la absurda mentira.

—No sueles ser así, pero supongo que así se comportan las personas cuando…

—¿Cuando… qué? —volteó inmediatamente a ver el rostro de Sinaí, quien se encontraba absorta en el aparador de la tienda de disfraces.

—Cuando están enamorados. Se nota a simple vista —sus miradas se encontraron y el aire se volvió un poco más pesado.

¿Cómo? ¿Ya lo sabía? El rojo advirtió con llegar a las mejillas de aquel joven alto y de ojos claros, su corazón comenzaba a alterarse cuando de repente escuchó:

—Estoy segura de que ella siente lo mismo —se dio media vuelta—, Catalina es tímida, por eso te lo digo. No pierdas más el tiempo, Alex.

Comenzó a caminar calle arriba, sin voltear atrás.

—¡Espera! ¿Qué estás diciendo? —se acercó a ella, dispuesto a aclararlo todo.

—¡Hey, muchachos! —La voz y los pasos de Kevin se escucharon, aproximándose, rompiendo con esa atmosfera de tensión, pero evitando que continuaran conversando—. Los encontramos, ¡ni crean que se zafarán de nosotros!

El fortachón y él venían cargados con recuerdos y alimentos que habían comprado en el mercado.

—Par de idiotas, ¿pensaban dejarme solo con este molesto cuatro ojos? —dijo Leonardo, con irritación.

—¡Pero qué gran idea se me acaba de ocurrir! —Kevin se aproximó a los aparadores— ¿Qué les parece vestirnos así para mañana?

—Que tontería… —exclamó Sinaí, mientras se retiraba—. Volveré al hotel, me preocupa Catalina, ustedes vayan a comer con los demás.

Todo se pintaba de distintos colores, lleno de magia y fulgor. Era una tarde de agosto del año 2012, con un clima agradable donde se veía a las personas que vestían, junto con todo su alrededor, en forma medievo. El ambiente estaba lleno de alegría, olores y sabores. De pronto, se acercó a ellos un colorido arlequín invitándolos a beber sus licores más famosos.

La gente era muy hospitalaria, y pronto llegaron a un lugar donde todos bailaban al ritmo de la música típica de la región. Al principio, los únicos que se animaron a bailar fueron los enamorados, Derek y Azucena, y el animado Kevin fue invitado por una afable señora que se dedicaba a alentar a la gente a unirse a ese divertido baile. Leonardo, no pudo quedarse atrás cuando una jovencita de carismáticas trencitas insistió en hacerlo bailar, quien a regañadientes aceptó. Sinaí se encontraba apunto de escabullirse entre la multitud para escapar, pero pronto un joven sueco la tomó del brazo para unirse a la larga fila de gente que se encontraba saltando de un lado a otro al son de los tambores, flautas, panderos y gaitas.

Se puso a recordar que en la mañana Catalina se encontraba realmente mal, se despertó en medio de llantos, insistiendo en que quería volver a casa, y llegó a lastimarse ella misma, pues tenía cardenales en los brazos. Todos se preocuparon tanto que no podían dejarla sola. Por lo tanto, Alex se ofreció para quedarse con ella esa mañana, en lo que se recuperaba del shock que había tenido. Se disculparon con los amables dueños del hotel por causar tantos estragos y dejaron que el día siguiera su curso con normalidad. Pero, a Sinaí le preocupaba lo que estaba pasando, en la madrugada no dejó de escuchar que entre sueños Catalina exclamaba: *"¡Aléjense de aquí!, ¡aléjense de aquí!"*. No entendía lo que estaba

pasando, pero seguro no era nada bueno.

—¿Nos dejarías un momento a solas? —pronunció la de cabello castaño cobrizo al joven que se encontraba sentado en una silla cerca de la cama donde descansaba, pálida, Catalina.

—Está bien —Alex se levantó y detuvo su caminar en el umbral, junto a la chica de baja estatura—. Yo también necesito hablar contigo…

—Será en otra ocasión —expresó sin emoción alguna, se dirigió hasta Catalina y tomó asiento—. ¿Te encuentras mejor?

Se escuchó el sonido de la puerta, cerrándose lentamente.

—Te diría que sí, pero sería mentira…—guardó un largo silencio, luego continuó—. No he podido tranquilizarme, Sin, creo que pensarás que estoy perdiendo el juicio, pero, ni siquiera a Alex le he podido decir… Eres a la que más confianza le tengo.

—Dime, ¿qué pasa? —aceptó la mano de la amiga, débil y pálida, que se encontraba frente a ella, apretándola con preocupación— ¿Catalina?

Tomó aire antes de formular la frase que diría a continuación:

—Sin, hay algo malo en este lugar, lo presiento. He tenido sueños donde pasan cosas terribles, no podría ni pronunciar lo que he visto. No me mires así, sé que parece una locura, pero lo he sentido tan real y… Sin, tengo miedo, quiero que nos vayamos todos de aquí.

—Pero, si acaba de iniciar la semana medieval, es el festival donde todos se remontan en aquella época, sé que lo habías esperado durante mucho tiempo. —Intentó no acusarla de demencia— Probablemente te sientas así por el largo viaje que hemos tenido pero, cuando descanses un poco más, te recuperarás.

—¡Sin! ¿No lo entiendes? —Comienza a temblar—Hemos estado aquí por tres días y lo único que he hecho es empeorar, entre más tiempo me quede aquí… entre más tiempo nos quedemos aquí será peor… ¿no me crees, cierto?

—No significa que no crea en ti, pero es que todo lo que me dices es…

—¿Absurdo? —Soltó su mano y le dio la espalda— Entiendo, entiendo…

—Yo no estoy diciendo eso, Catalina.

—¿Podrías dejarme sola?

—Cata…

—Por favor —insistió.

Entonces, se levantó dispuesta a cumplir el deseo de su compañera y salió de la habitación.

Cayendo la tarde del sábado, se escuchó el ánimo que invadía a las personas que asistirían a una gran obra de teatro que culminaría con un tradicional baile que era ansiado por muchos de los turistas; era un evento único e incomparable que sólo podía vivirse en aquella ciudad tan antigua.

Cenaron juntos en un restaurante cercano al hotel, donde pudieron dar a conocer esos vestuarios medievales que habían rentado, mostrándolos con orgullo, a excepción de Leonardo y Sinaí, quienes decidieron no utilizar ninguna prenda distinta de la que acostumbraban.

Al salir del restaurante se encaminaron para llegar al lugar donde se celebraría el evento, pero a mitad del camino Catalina comenzó a ponerse nerviosa y sentirse mal, quería volver al hotel. Por lo tanto, Sinaí insistió en llevarla y alcanzarlos más tarde; no obstante, Kevin se ofreció a acompañarlas, pues unas señoritas no deberían andar solas a esas horas de la noche.

—¡A que me veo muy guapo! —Comentó para romper el silencio— Ésta casaca medieval negra me viene como anillo al dedo, el león que llevo en el pecho demuestra la fiera que llevo dentro. Soy todo un conquistador, a decir verdad. ¡Seré irresistible ante las señoritas suecas! ¿Cómo manejaré la situación? ¿Eh?

Comenzó a reír sonoramente.

—¿Chicas? —notó que ambas se encontraban inmersas en sus propios pensamientos.

Llegaron al hotel, recorrieron los pasillos hasta llegar a la habitación donde dormían las mujeres; era pequeña, pero eso no les molestaba. Primero entró Catalina, seguida de Sinaí y el joven alto se detuvo a esperar en el marco de la puerta.

—Gracias por acompañarme, Sin —comenzó a desabrocharse el vestido que llevaba puesto—, creo que esto ya no será necesario.

Kevin reaccionó inmediatamente y se dio media vuelta, sorprendido.

—B-bueno Sinaí, yo te espero afuera. Pero no tardes mucho, porque las jóvenes suecas están ansiosas por conocerme...

—¿Te sientes muy mal? —ignorando el comentario del muchacho.

—Eso ya no importa —dijo seriamente—, quiero que te pongas esto por mí.

Le entregó el largo vestido grisáceo que habían rentado para ella.

—Pero, es tuyo. En primer lugar, yo nunca quise vestirme de esa manera.

Pero Catalina insistió con la mirada mientras se ponía su ropa para dormir. Pasando unos minutos, derrotada, Sinaí se vio a sí misma colocándose el vestido de mangas largas blancas y detallados bordados dorados.

—¿Algo más, señorita? —preguntó mientras se agarraba el cabello en un molote y lo escondía bajo el sencillo gorrito que hacía conjunto con el vestuario.

—A decir verdad, sí —Sinaí se arrepintió de haber preguntado—. Quiero que esta noche bailes con Alex.

Los ojos de la aparente campesina se abrieron como platos. *"¿Qué?"* se oyó decir.

—Sí, es mi última petición. Baila con él, Sin. Por mí, ¿sí?

—Yo no… —observó el rostro de su compañera— está bien, te lo prometo.

Se despidieron y, ya cuando Sinaí salió de la habitación, Catalina dijo:

—Sé muy bien a quién van dirigidos sus sentimientos. Y no me opondré a

ello.

Ya habiendo salido de la habitación, se encontró con Kevin entre la penumbra del pasillo. En cuando la vio aproximarse a él, cambió su semblante serio por una despreocupada sonrisa.

—Deberías dejar de hacer el tonto de una vez por todas —propinó, intentando desquitar su frustración, en la supuesta tranquilidad de su amigo.

La obra fue un éxito rotundo, el público aplaudió sin cesar a esos grandes actores que los hicieron reír y llorar. La plaza principal se encontraba atestada de gente proveniente de todas partes del mundo que, sin queja alguna, se dispusieron a entretenerse con aquella obra teatral que les ofrecieron al aire libre. Sobre aquel escenario bien representado, se encontraban los actores que al final de la obra principal hicieron una representación de una leyenda popular de Gotland:

Se cuenta por ahí, que hace mucho tiempo una isla al este de Suecia fue descubierta por un hombre llamado Tjelvar, pero en esa época un encantamiento la gobernaba haciendo que por las noches se sumergiera en las profundas aguas marítimas y emergiera al salir el sol, realizando un ciclo continuo. Pero este hombre logró romper con la maldición al llevar el fuego que ahuyentaba a las brujas, evitando así que volviera a desaparecer bajo las aguas. Haciendo que en la isla prosperara la paz.

La música comenzó a sonar, y pronto se encontraron bailando personas bajo la luz de los faroles que iluminaban la extensa explanada. Largos vestidos balanceándose de un lado a otro, caballeros, bufones y campesinos se encontraban entrelazados mano a mano, formando distintas filas que se paseaban aquí y allá.

—¡Vamos, muchachos! —Derek tomó la mano de su esposa, indicándole que atrapara a Leonardo quien fue secundado por Kevin.

—Tampoco te me escapas, pequeña —el chico de lentes tomó la mano de

Sinaí— ¡Alex!

Llamó a su amigo, invitándolo a unirse a ellos. Éste último buscó la mano de la chica y se aferró a ella todo el baile, sin dejar de apreciar su hermosura en ningún momento. Por el contrario, ella se encontraba absorta en sus preocupaciones, escuchando y disfrutando apenas del fascinante momento que estaban viviendo. Ya habían visto bailar a la gente en distintas ocasiones, así que seguir sus pasos no significaba un gran problema. Pero ahora, no lo disfrutaba tanto como se lo había imaginado.

De pronto, la música cambió su ritmo a uno más lento, provocando que aquellas ruedas de gente se disolvieran y terminaran en parejas. Azucena, vestida con un modesto vestido azul, se acercó lentamente hasta su enamorado, quien portaba un chaleco negro sobre una impecable camisa blanca de manga larga, y se pusieron a bailar. Kevin, imitando los movimientos de la pelinegra, sujetó las manos de Leonardo para aparentar ser una bella dama; sin embargo, el fornido muchacho lo apartó con evidente molestia y se encaminó fuera de la explanada al escuchar las carcajadas del chico de lentes que parecía divertirse con todo eso. Fue en ese momento cuando la castaña se dio cuenta de que era inevitable formar pareja con Alex; ese amigo suyo de hacía mucho tiempo, al cual apreciaba demasiado pero jamás lo pudo ver como a un hermano, a diferencia de él, que la trataba como la hermana menor que tanto le habría gustado tener. Solo lo podía ver como un buen amigo, un buen amigo que…

—No podemos dejar pasar esta pieza —extendiéndole la mano, la invitó a bailar— ¿me harías el honor?

Ella inspeccionó su mano, su rostro, su posición. Era como ver a un joven caballero de aquellas épocas tan antiguas, claro está que había olvidado su armadura y su caballo en algún lugar, pero, sus ojos poseían algo diferente es esa ocasión. No lo había visto antes y cuando se acercó a colocar su mano sobre la de él sintió una cálida sensación que inundó el ambiente con otra tonalidad.

Sus pasos se coordinaron y la música los envolvía en una atmósfera que solo sus miradas podían percibir, pero lo ignoraban por centrar su atención en los ojos del otro. ¿Qué es lo que pasa? Se preguntó ella mientras se movían como uno solo junto con la melodía. Su respiración era diferente, y en su estómago predominaba una sensación de extraña inquietud, sus manos comenzaron a sudar y sus mejillas se encontraban acaloradas. El viento hizo que casi se perdiera en el aroma del joven de ojos claros que se encontraba frente a ella. A pesar de las vueltas, distancias y cambio de posición que suscitaba el baile, no podían dejar de mirarse. Y entonces, cuando su distancia se había acortado considerablemente, se detuvieron uno a causa del otro, pues Alex no

podía soportar más el silencio que había guardado todo ese tiempo. Sus rostros se encontraban a escasos centímetros de distancia, aquellos que parecían kilómetros para el joven que ansiaba tocar sus labios. Y, lentamente, fue acortando la longitud hasta sentir su cálida respiración que logró suspenderlo en el aire, deteniendo el tiempo en un casi beso.

Un cuarto de segundo fue suficiente para que la razón de Sinaí despertara y la hiciera dar un paso atrás, chocando contra otra pareja que continuaba con el baile.

—¡Lo siento! —exclamó ofuscada y rápidamente se alejó del joven, rápido, cada vez más rápido entre la gente hasta sentirse a una distancia segura.

Se dejó caer sobre una banca de piedra, con la mano en el corazón intentó calmarse mientras se preguntaba qué era lo que estaba haciendo. El viento sopló fríamente, refrescando su rostro al tacto y llevando un sonido diferente al de la fiesta hasta sus oídos. Era un compás totalmente distinto al de la pieza que tocaban los músicos de la plaza mayor, se distinguía sólo si prestabas atención. La melodía danzaba en el aire con el suave e incomparable sonido de una flauta, conformando una triste melodía.

—Que extraño… —caminó unos pasos hacia esa oscura callejuela para poder escuchar más claramente.

"¡Aléjense de aquí!" recordó de pronto a su amiga sudando entre sueños, removiéndose entre las sábanas. Un estremecimiento la sacudió cuando sintió una mano sobre su hombro.

—Sinaí… —dijo Alex, preocupado— Lo siento por eso, no quise incomodarte.

—Alex, yo no sé —pausó un momento—… no sé lo que me pasa, yo no debería… Catalina te quiere.

—Pero yo te quiero a ti, por mucho te he querido a ti —tomándola delicadamente por los hombros—pero, tú, ¿podrías aceptame?

Pero ella no respondió, el silencio se ahogó en su garganta impidiendo que formulara alguna palabra. Dio un paso atrás, luego otro y, cuando menos se dio cuenta, se encontraba caminando en dirección contraria a él. No podía decir nada, puesto que ni ella misma creía lo que estaba pasado.

—¡Sinaí!—llamó Alex, contrariado— ¿cómo quieres que interprete eso?

—Puedes pensar lo que quieras —apenas audible, contestó la joven

deteniéndose por un momento.

Presionó sus puños y continuó caminando, un nudo en su garganta amenazaba con hacerla flaquear. Él, decidió seguirla para después plantarse frente a ella y dejarla sin salida.

—¿Por qué lo haces? —Sus ojos se perdían en el vacío, no podía verla, pues solo ella tenía el poder de dañarlo en ese momento— ¿por qué siempre prefieres escapar de todo y encerrarte en ti misma?

—Hazte a un lado…—tampoco podía verlo a los ojos.

—Siempre te aíslas de todo y de todos, sin darte cuenta de que con tu indiferencia puedes lastimar a los demás.

—Hazte a un lado —insistió.

—Creo que no lo entiendes… eres importante para mí, tan importante como una hermana, no, más que eso. Sin darme cuenta, un día abrí los ojos y me di cuenta de que sólo eras tú. Sólo tú en mis pensamientos de cada día. Quería alegrarte, protegerte… amarte…

—¡Que me dejes pasar! —no soportó más y lo empujó, iniciando una carrera para alejarse de él.

No podía soportarlo más, se sentía realmente culpable por todo eso y le rompía el corazón el simple hecho de pensar que traicionaba a su amiga, que le daba una puñalada en la espalda por todos esos sentimientos que albergaba dentro de sí. Pues, ella también lo quería. Lo quería y sin embargo lo estaba hiriendo de esa manera.

Corrió y corrió hasta no sentir las piernas y tropezar entre la oscuridad de una calle desolada, su respiración alterada era lo único que podía escuchar con claridad. El frío lugar hizo que se sintiera realmente sola, vulnerable. Su rodilla ardía, había sido un golpe duro, pero no era nada comparado con lo que seguramente estaría sintiendo Alex en ese instante, se sentía culpable, impotente y estúpida por lo que había hecho. Era absurdo, lo único que lograría con todo eso era dañarlos a los dos. Seguramente, ya nada sería igual.

Par de idiotas, y unas finas líneas cálidas se deslizaron por sus mejillas, ¿ahora te pondrás a llorar? Ni siquiera se sentía con derecho a hacerlo.

Fue entonces cuando lo sintió, algo pesado en el aire que bajaba la temperatura lentamente. Observó a su alrededor sin poder distinguir en qué lugar se encontraba, la oscuridad era tan densa que apenas podía ver lo que estaba frente a ella. Eso, y aquella lejana farola que iluminaba parpadeante a varios metros de ahí. El silencio reinaba cuando unos pasos

rompieron con él, aproximándose cada vez más rápido a donde se encontraba la chica. Ella se levantó sintiendo de inmediato la punzada que cruzaba su rodilla de un lado a otro, pero no impidió que avanzara hacia la luz que ahora parecía estar más lejana. Los pasos se escuchaban cada vez más cercanos, y más, y más.

—¿Quién eres? —preguntó al detenerse y darse la media vuelta.

Pero no había nadie, o no pudo ver nada puesto que aún faltaba para llegar hasta la zona que era insípidamente iluminada por aquella farola descompuesta. Esperó unos segundos para continuar con su camino y, cuando había avanzado un buen tramo, comenzó a escuchar esos pasos que nuevamente iban tras ella. Apresuró su caminata, faltaba poco por llegar a la luz, sentía absurdamente la necesidad de llegar hasta ahí para sentirse segura. Un poco más, su corazón latía con fuerza, un poco más. Comenzó a correr.

Dio las primeras zancadas dentro del semicírculo de luz que se dibujaba sobre el suelo y se volvió para visualizar a la persona que la seguía. Mirando nerviosamente de un lado a otro, seguía retrocediendo hasta detenerse y agudizar sus sentidos, alerta a lo que iba a pasar a continuación. Entonces, se percató de un incómodo silencio que invadía cada rincón de la abandonada callejuela.

Un ruido la sobresaltó, girándose hacia su izquierda se dio cuenta de un gato callejero que saltaba de un bote de basura a otro, donde seguramente buscaba algo para comer. Un suspiro se escapó de sus labios mientras se llevaba la mano al corazón. No obstante, al voltear nuevamente hacia atrás se topó a escasos centímetros el rostro de un hombre de avanzada edad que la veía con los ojos desorbitados y una sonrisa irregular que mostraba su dentadura podrida e incompleta, arrancando así un grito de la garganta de la joven, quien retrocedió al instante, chocando contra el poste de iluminación.

—Veo que ya conociste a Chisy —dijo el hombre, sorprendentemente en español.

—¡U-usted! ¡Usted venía siguiéndome ¿verdad?¡ —buscando por todas partes algo con qué defenderse.

—No, no, no, muchachita, yo estoy aquí desde que te vi corriendo aquí como una loca. Aquí, yo he estado aquí —se acercó al gato que estaba sobre un cercano bote de basura, y lo cargó acercándolo hasta sus ropas andrajosas y sucias mientras lo acariciaba— ¿Verdad, Chisy? Yo no estoy loco, esta muchacha también habla español, ¿verdad, Chisy?

—Me estaba persiguiendo alguien, estoy segura de eso. No, no está loco, señor. —dijo, para calmarlo, pues parecía alterarse si afirmaban lo

contrario.

—Sshhh, sshhh —se acercó a ella para ponerle un dedo sobre los labios—. No, no estoy loco, todos dicen que lo estoy, pero no estoy loco. Yo, yo sé lo que pasa aquí, los que viven aquí no lo entienden, no, no lo entienden. Pero yo sí, pero yo sí. Yo si he visto lo que hacen…

Sinaí se puso un poco tensa, pero luego prestó atención a lo que decía aquel viejo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó lentamente.

—Yo… yo… —miró a su alrededor varias veces, luego dejó al gato sobre el suelo— No vayas a salir de las murallas, por lo que más quieras. ¡Ahí, ahí están los que te pueden hacer daño! No son mentiras, yo digo la verdad, yo digo la verdad. Quieren volver a hundirla, solo les falta poco. Y digo la verdad, yo…

Una extraña sensación recorrió la espalda de la chica. Pasó un incómodo y largo silencio, cuando el hombre se acercó más a ella.

—¡Vete! Vete, vete, vete —mirando desmesuradamente a su alrededor— Saben que estás aquí, corre, vete de aquí. Vete de aquí.

Sinaí, impulsada por aquel indigente, salió disparada calle arriba, corriendo como nunca lo había hecho, pues sus instintos le exigían alejarse del lugar.

No sabía dónde se encontraba ni cómo iba a volver, pero, de pronto, se topó con una silueta conocida que la empapó con una sensación de alivio. Corrió hasta sus brazos.

—¡Kevin!, ¡Kevin!, ¡Gracias a Dios!—Exclamó mientras temblaba y lo abrazaba con fuerza.

—Pero, ¿qué te pasó? Hemos estado buscándote…

—Kevin, tengo miedo. Estoy asustada —sentía que su amigo la rodeaba con sus brazos fuertemente.

—Hemos estado buscándote…

De pronto, se dio cuenta de que el joven la estrujaba cada vez con más fuerza.

—¿Kevin? —Levantó su cabeza para ver el inexpresivo rostro de su

compañero— ¡Kevin, me estás lastimando!

—Hemos estado buscándote—una extraña sonrisa se mostró en la cara del joven—… pero te encontramos.

La castaña se revolvió entre sus brazos, tratando de escapar. Definitivamente, ése no era Kevin.

La desesperación, mezclada con adrenalina, hizo que sus fuerzas fueran más efectivas que en cualquier otra situación. Entonces, sintió cómo unas largas uñas le cortaban lentamente la piel de su espalda, logrando que un grito escapara de sus labios. Dejó caer su peso sobre él, al tiempo en que ponía un pie para derribarlo. Lo hizo caer al suelo, dándose cuenta que no se trataba de su amigo, si no de alguien más. Escapó de ahí corriendo lo más rápido posible hasta llegar a una calle muy transitada, llena de visitantes de la isla. Rápidamente, trato de ver la gravedad de su herida, la cual, había desaparecido, todo estaba intacto, su ropa, su piel… ¿Lo habría imaginado? Pero había sido tan real. El miedo que sentía ahora era real pero, el dolor se había marchado. Era como una ilusión que se había sentido tan real, sin embargo, ahora la única herida que tenía era la de su rodilla y la de su corazón solitario.

Caminó cansadamente mientras se quitaba el incómodo gorrito de llevaba en la cabeza y lo dejaba sobre algún lugar, sintiendo como la gente la movía de un lado a otro y sobresaltándose al sentir cómo alguien tocaba su hombro, pero, al voltear, no vio nada más que el tumulto de personas que seguían su curso.

—¿No está en su habitación? —preguntó Alex con preocupación.

—¡Muchachos, vengan! —Azucena, alterada, los llamó para que fueran a su habitación—¡Rápido!

—Pero, ¿qué carajos pasa? —entró Leonardo, que se encontraba cerca de ahí— ¿Qué tienes?

Se encontraba sentada sobre la cama de Catalina, con una hoja en la mano y una cara pasmada de asombro. Mira esto, y le extendió la mano

para darle aquella nota que había dejado Catalina:

"Perdonen, pero ya no lo soporto más…

Vuelvo a la capital.

Catalina."

—Lo más extraño es que ha dejado sus cosas aquí… —dijo Azucena, sin poder creerlo.

—¿Qué es eso? —Kevin llega y le quita la hoja a Leonardo—. Pero, qué rara letra… seguro se sentía muy mal la pobrecilla.

Derek y Alex entraron en la reducida habitación y trataron de consolar a Azucena, se encontraba turbada por lo acontecido.

—Tranquila mi amor, al menos sabemos que ella se encuentra bien —sentándose a su lado, Derek la abrazó— En cuanto a Sinaí…

—Lo más seguro es que se haya perdido, nunca ha tenido buen sentido de la orientación —dijo Alex, mientras caminaba intranquilo en el poco espacio que tenía para hacerlo—. Sigue sin responder a mis llamadas, ¿creen que le haya sucedido algo malo? Ya es tarde.

—Deja de preguntarte por tonterías, ella ya está grandecita, sabrá cómo cuidarse. —espetó el fornido muchacho, ignorando el peligro al que se estaban enfrentado— Catalina, en cambio, es como una estúpida niña …

—Pues a mí me preocupan ambas —Kevin sale de la habitación.

—No sé ustedes, pero iré a buscar a Sinaí —Alex salió disparado de ahí, buscó una chaqueta y, decidido, se propuso encontrarla.

El frío cada vez era más notable, su andar era irregular, pues la rodilla le punzaba a cada paso que daba. No sabía a donde ir, y cada persona que veía se la imaginaba atacándola, no confiaba en nadie. ¿Qué debería hacer? Su celular se encontraba muerto, la batería se había agotado y no servía de nada ahora. Intentó reconocer algún lugar, al menos ver una señal que le dijera que el camino que había tomado era el correcto. Tenía

miedo.

—¡Por todos los cielos! —lanzó al sentirse desesperada y sola en medio del desconocido lugar.

—¿Te puedo ayudar en algo? —una señora de grande sonrisa se acercó a ella—. Pobre, parece que estás perdida.

—No, déjeme, estoy bien.

—¿Segura? —acercándose inspeccionó el rostro de la joven, quien, a su vez, retrocedió tiritando de frío.

—Sí, gracias —se sentía asechada, vulnerable ante todo.

Su corazón bombeaba con fuerza, sus sentidos le estaban jugando una broma de mal gusto, todo lo que anteriormente parecía encantador ahora parecía una terrible comedia de mal gusto. Las personas, parecían mirarla acusadoramente, parecía que en sus ojos se encontraba el oscuro deseo de hacerle daño. Algo no estaba bien, definitivamente algo no estaba bien con ese lugar.

—¡Hey, querida! Acompáñanos y prueba nuestros mejores licores —un bufón de siniestra sonrisa se aproximó a ella con rapidez, tomándola del brazo.

—¡No! ¡Déjeme! —se soltó y terminó chocando contra una pared, visualizó que el hombre seguía frente a ella, con una expresión de asombro, se acercó y pronto mostró una sonrisa aún más amplia.

—¿Tienes miedo? —comenzó a reír, acorralándola contra la pared, deslizó sus largas y puntiagudas uñas sobre su rostro— No me digas que estás asustada…

Su cuerpo se paralizó mientras sus manos temblaban sin remedio, abrió los ojos desmesuradamente cuando notó que la expresión del bufón se hacía cada vez más marcada, su piel mostraba una aterradora y deformada sonrisa macabra. Se acercó mucho a ella y con ambas manos acarició su rostro. Lo único que vino a su mente fue atinarle un rodillazo entre las piernas para lograr escapar y correr hasta un lugar seguro. La adrenalina que corría por su sangre no le permitía cansarse y el miedo que invadía su cuerpo no le dejaba ver atrás. Tal era su miedo, que había olvidado por completo el dolor de su rodilla, recordándolo tristemente cuando se vio metida en un callejón sin salida. La grande muralla se encontraba frente a ella, extendiéndose impotentemente. Caminó en círculos sin decidir si volver por el mismo lugar del que había venido, se

sentía asechada.

Miró alrededor, revisó por tercera vez si su celular encendía y… nada. Lo estrelló contra el suelo, llena de frustración.

—¡Santo Dios! ¿Qué hago? —se tiró del cabello, colocándose en cuclillas, mientras lloraba.

Un sonido llegó a sus oídos, era aquella melodía que había escuchado una hora antes. Una melodía triste que el viento avivaba, invadiendo el ambiente de una armoniosa melancolía. Se preguntó de dónde provenía aquella canción, se levantó y buscó la fuente, caminó algunos pasos más. Detrás de la muralla. ¿Era posible que alguien se encontrara fuera de ella a esas horas de la noche?

El sonido de una carcajada la hizo sobresaltarse, alguien se aproximaba al callejón. Temblando de terror corrió y, a resbalones, llegó y se escondió tras un contenedor de basura, recargándose en la muralla y cubriéndose la boca con ambas manos para no emitir sonido alguno. Sentía, ahora más que nunca, que su respiración era lo más ruidoso que podía existir en el mundo.

Pasando los más agobiantes y eternos minutos de su vida, logró soltar el llanto que la abatía por dentro. Se sentía asustada, frustrada, abrumada, furiosa consigo misma por no saber qué hacer en ese momento, por no tener el valor de salir de ahí y enfrentar lo que tuviera que enfrentar, por necesitar de alguien que la protegiera. Por anhelar no haberse ido de aquella fiesta. Por desear con todas sus fuerzas estar entre los brazos de Alex. Entonces, un fuerte puñetazo fue descargado contra la enorme y antigua pared de piedra que rodeaba toda la ciudad.

Un crujido, una leve cuarteadura y un aturdidor sonido fueron los que constituyeron el hecho de que aquella vieja muralla de piedra había sufrido un derrumbe. Pequeño, no tan grave, pero increíble ante los ojos de la chica que había recibido solo unos cuantos golpes con los trozos que se habían desgajado sobre ella, haciendo un notable agujero, permitiendo que, de entre el polvo, se pudieran ver las afueras de la ciudad de Visby. “He dañado un verdadero patrimonio” fue el primer pensamiento que llegó a su cabeza y, de pronto, escuchó con más claridad que nunca el sonido de aquella flauta tocando esa misteriosa melodía, de entre la oscuridad que reinaba las afueras del lugar.

Como hipnotizada, se levantó y cruzó la muralla sin recordar la advertencia que le había hecho aquel anciano. Caminó entre la oscuridad siendo atraída por aquel sonido maravilloso que hechizaba sus sentidos y la embriagaba completamente. El aire estaba helado y comenzó a sentir que todo su alrededor se esfumaba entre las gotas que dejaba caer, poco

a poco, el cielo.

"No vayas a salir de las murallas, por lo que más quieras. ¡Ahí, ahí están los que te pueden hacer daño!" recordó al instante, volviéndose para regresar por donde había llegado.

—Esto debe ser una maldita broma… —el muro de piedra se encontraba intacto.

Golpeó con fuerza la enorme pared, llena de pánico y frustración. *"¡Alex!, ¡Alex!, ¡Ayúdame, tengo miedo, ayúdame, por favor…!"* no cesó de gritar hasta que sus pulmones no pudieron más. Con lágrimas en los ojos, se levantó con pesadez y comenzó a correr, empapada por la sorpresiva lluvia, sin separarse de la muralla. Tenía que volver adentro lo más rápido posible, tenía un mal presentimiento, de esos que te aclaman que corras por tu vida sin detenerte, sin mirar atrás. Huye, huye de aquí, busca refugio, escóndete y no abras los ojos. La adrenalina corría por sus venas cuando, de pronto, vio que delante de ella se encontraba una persona, observando la muralla con quietud. Desaceleró el paso hasta detenerse.

—¿Catalina? —exclamó entre el fuerte sonido de la lluvia que las mojaba.

La delgada y pálida joven volteó a verla con serenidad, se acercó lentamente hasta ella, con una leve sonrisa dibujada en sus labios y el agua helada recorriéndole su cuerpo. Tomó la mano temblorosa de Sinaí y la llevó colina arriba, alejándola de la ciudad de Visby, adentrándola a lo desconocido de la isla de Gotland.

—Catalina, ¡Suéltame por favor! —Insistió forcejeando y visualizando que la muralla se alejaba irremediablemente con cada paso que daban—¡Catalina!

Pero la fuerza con que aprisionaba su mano era descomunal, su piel comenzaba a tornarse de un doloroso color púrpura. En aquel momento los ojos de Sinaí pudieron darse cuenta de que la persona que estaba frente a ella tenía una expresión de inexplicable horror, una expresión que demostraba la manipulación irremediable de su cuerpo. Catalina estaba siendo controlada por una fuerza externa a la suya, no le habían permitido marcharse sin ser utilizada a su favor, puesto que solo era cuestión de tiempo para que su perverso deseo se volviera realidad. Pero ella intentaba luchar contra eso cuando se dio cuenta de que su amiga estaba de por medio.

—Catalina, sé que estás ahí… déjame ir, por favor. Vayámonos juntas, alejémonos de aquí, advirtamos a los demás…

—Advertí a los demás.

—Ahora sé que tienes razón, convenceremos a los demás —forcejeando.

Llegaron a la cima de la colina y fue entonces cuando una lucha interna se desató en Catalina, sus deseos contra los ajenos, su fuerza contra la de ellos. Todo era confuso en su cabeza, mil voces le soltaban una sarta de maldiciones que la hacían temblar de pavor. Pero, la voz insistente de su amiga, permitió que con un esfuerzo más pudiera dejar libre su mano con brusquedad, haciéndola quedar frente a ella.

—Sin… —con sobrehumana voluntad, Catalina, quiso volver en sí misma—. Corre… porque… ¡Te hemos encontrado!

Una voz distorsionada, una macabra sonrisa y la piel de su amiga despellejándose dolorosamente fue lo último que vio Sinaí antes de ser empujada con ira y caer irremediablemente colina abajo. Golpeándose con todo lo que estuviera a su paso mientras rodaba sin poder detenerse.

Un golpe en la espalda fue suficiente para que exhalara ese último aliento que guardaban sus pulmones, su visión borrosa no la dejó ver más que unos pies aproximándose a ella, sin poder hacer nada al respecto, perdió la consciencia.

Corría para encontrarla lo más pronto posible, sus ojos se bañaban en un incómodo sabor a preocupación y tristeza, mezclados con la rabia que sentía consigo mismo por haberla dejado ir de esa manera. Sabía que no debía haberlo hecho, sin embargo, lo hizo y ahora se arrepentía enormemente por ello.

Terminó saliendo de Visby, impulsado por el deseo de encontrarla. Se detuvo, contemplando el frío e inmenso mar que era salpicado por esas extrañas aguas que caían del cielo. Por alguna razón inexistente, llegó a pensar que la encontraría en la terminal del transbordador, intentando irse como lo hizo Catalina. El peso cayó sobre sus rodillas en la madera del muelle cuando entendió la estupidez de sus actos y el enorme error que había cometido. Se sentía abatido, no sabía qué hacer, ni siquiera qué pensar. Sinaí no estaba ahí, ni el blanco ferry que los había dejado en la

isla.

—¿Puedo ayudarte en algo? —una dulce voz se escuchó entre la lluvia.

Se trataba de una hermosa mujer que, bajo un paraguas negro, se resguardaba del agua.

—No… gracias —Alex se levantó, agraviado.

Los seductores ojos de la mujer centraron su atención en el joven, acercándose con el pretexto de ofrecerle consuelo y un refugio bajo su sombrilla negra.

—Dije que no…

Se puso en pie y caminó lentamente, secundado por la hermosa mujer.

—Pero te ves tan triste, tan solo —detuvo su caminar poniéndose frente a él y, admirando profundamente su tristeza, colocó su mano sobre el mojado pecho del muchacho clavándole su seductora mirada.

—Estoy bien, tengo que volver, con permiso…

—Te hemos estado buscando.

—¿De qué habla?

Verás, sabemos que no eres de aquí. No temas, sé que te gustará lo que estamos a punto de ofrecerte —su hipnotizante voz tentaba con seducirlo.

No me interesa —contestó, arrastrando las palabras.

Los hechiceros ojos de la mujer no dejaban de verlo, se acercó despacio a él y dirigió sus filosas manos a su garganta, presionándolo con fuerza.

Alex, sorprendido, intentó quitársela de encima. La lluvia se hacía cada vez más espesa, dificultándole aún más la respiración. Golpeó con fuerza el rostro de la mujer y, con una patada en el vientre, logró quitársela de encima. Dudó un momento sobre lo que había hecho, ella se había desplomado sobre el suelo, pero, esa fuerza no podía ser una mujer común y corriente, llevó su mano hacia su dolorida garganta. Los ojos de la mujer voltearon a verlo, primero, penosamente inocentes pero, al ver que el joven retrocedía, se llenaron de ira. Alex, al sentir que la piel se le erizaba, arrancó corriendo rápidamente, sintiendo en su cuerpo un terrible miedo. Pero no veía nada entre el aguacero y las tinieblas, no pudo reconocer el camino de vuelta, perdiéndose en medio de infinidad de

árboles que parecían burlarse de él. Adentrándose en la oscuridad.

—¡Oh, pobrecito! —La voz de la mujer se escuchaba resonando en el bosque—. Te dejó abandonado… ella se fue por que le pareces repulsivo, ¿acaso creías que querría a alguien como tú?

—¡Cállate! ¡No sabes nada! —contestó a sus provocaciones, furioso.

De pronto, un asqueroso hedor invadió el lugar, lentamente, el muchacho detuvo su caminar, era una peste insoportable que cargaba el aire de tormento y desesperanza. Cuando intentó continuar para alejarse lo más pronto posible de ahí, tropezó y cayó en lo que parecía ser una fosa séptica.

Cuerpos putrefactos, descuartizados uno a uno, arrebatados de su derecho a vivir, se encontraban entremezclados entre sí, formando un enfermo y corrompido cuadro que haría que cualquiera sintiera escapársele el alma por la boca, desgarrando sus entrañas desde lo más profundo, deseando estar loco para llenarse de la ignorante idea de que la vida no se puede acabar con tanta facilidad. En ese momento, gritó al verse lleno de sangre y lodo, se arrastró hasta llegar hasta un lugar libre de esa putrefacción y se dejó caer, lánguido. Su estómago no podía soportarlo más y, de pronto, dejó escapar todo lo que llevaba dentro, boqueando contra el suelo. Levantó su pesado cuerpo para alejarse ahí entre la lluvia torrencial que se acrecentaba con el pasar de cada minuto. Apenas recuperaba el aliento cuando fue nuevamente atacado por esas horribles garras, tirándolo de bruces contra el lodoso suelo. En ese preciso momento, recordó el candor e inocencia reflejados en el rostro de Sinaí; sus profundos ojos, para perderse en ellos; sus labios pálidos y rosas, cuan torre custodiada fueran, imposibles de alcanzar; su largo cabello, de un extraño color castaño cobrizo, que le encantaba ver danzar con el viento; su sonrisa, que terminaba en una carismática risa si aprendías a provocarla debidamente… todo, amaba todo de ella.

—¿Dónde te has metido?

—Eres mío… —la arpía susurró en su oído cuando lo encontró más vulnerable, rasgando su espalda con sus largas y afiladas uñas, vociferando que lo haría sufrir, que le daría una muerte lenta y nadie podría evitarlo.

Los murmullos se escuchaban a lo lejos mientras una horrible punzada le atravesaba la cabeza, haciendo que su sueño fuera un total tormento. Sus párpados se contrajeron antes de abrirse, detectando la insípida luz que del lugar. Antes de incorporarse, alguien la tomó por los hombros y evitó que lo hiciera.

—Oh, cariño, no te levantes y descansa un poco más —con suavidad expresó la voz de una mujer conocida.

Un gemido escapó de sus labios cuando sintió dolor con apenas recuperar un poco de su conciencia, cada respirar resultaba más difícil ahora. Abrió los ojos de nueva cuenta y vislumbró dos borrosas siluetas frente a ella.

—Debe de haberla pasado muy mal —expresó la otra voz familiar— ¿Cómo te sientes?

Azucena y Derek se encontraban sentados a un lado de ella, sonriendo.

—¿Qué pasó? —cuestionó incorporándose sobre lo que parecía ser un sillón duro, viejo y polvoriento—Azucena, ¿cómo me encontraron? Sucedió algo terrible… me perdí, y luego terminé fuera de la ciudad, tenía tanto miedo…

El brazo de Derek se extendió para posar su mano sobre el hombro de la joven de pequeña constitución, dedicándole una larga sonrisa.

—Lo sabemos, Sinaí, te hemos estado buscando…

La presión que ejerció su amigo sobre su hombro la hizo despertarse completamente y darse cuenta de que se encontraban en una enorme habitación desconocida, vieja, sucia y llena de humedad. El ambiente era pesado y frío. Las percudidas paredes blancas, eran apenas visibles cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Lo único que ocasionalmente iluminaba la habitación eran los relámpagos que destellaban de entre un cielo atiburrado de nubes. Se sentía mareada y confundida, cuando de pronto se percató que el sonido de una caja musical inundaba el lugar. Observó el suelo de madera vieja, así como también las vigas que se encontraban en el techo, las grandes ventanas traslúcidas con delgadas varillas de madera cruzadas entre sí. Todo crujía al compás del fuerte viento que soplaba en el exterior.

Fue entonces que cayó en cuenta de que la melodía que había escuchado anteriormente no era interpretada por una flauta, si no por esa extraña caja musical. En un arranque, se levantó con brusquedad y llegó hasta la vieja caja, tirándola contra la pared y desquebrajándola en pedazos.

—¡¡Ya basta!! —Chilló con miedo y desesperación— ¿Qué quieren de mí?

—Oh, querida, eso era una reliquia —Azucena caminó hacia ella con una imperturbable sonrisa.

—No te acerques. No confío en ustedes… ¿dónde estamos? —observó a detalle su alrededor en busca de una salida y el no encontrar la puerta le decía que estaba, probablemente, detrás de ella.

—Pero, ¿qué dices? Sinaí, descansa un poco más… —Derek permaneció sentado.

—A mí no me engañan, ¿dónde estamos?, ¿qué quieren de mí?

—Oh, cariño…

—¡Ni se te ocurra seguir fingiendo! no soy estúpida… quieren hundirla… —bajando cada vez más el volumen de su voz.

—Preciosa, ¿qué locuras dices?—lentamente, Azucena, se acerca a ella.

—¡Aléjate maldita bruja!

Una sonrisa burlona se perfiló en el rostro de la pelinegra. Un cambio en su cabello, ojos y uñas fue notable, su piel se arrugó y gruñó mostrando sus enormes dientes.

Bien… terminemos con el jueguito —la voz dulce se sustituyó por una ronca.

Los ojos de Sinaí captaron, cuan grandes eran, una especie de bestia grisácea y arrugada, que se encorvaba sobre las pezuñas que tenía a cambio de pies. Sus grandes garras eran afiladas, y detrás, se extendían amenazadoramente unas enormes alas que se asemejaban a las de un murciélago.

Actuó con rapidez, buscó una puerta, la abrió y se encontró con el cuerpo inerte de un hombre, que casi se desploma sobre ella. Buscó ávidamente otra ruta de escape mientras escuchaba que unos rápidos pasos golpeaban el piso de madera, corrió hacia una de las ventanas e intentó abrirla, quitando las varillas de madera que clavada en ella estaban, pero

no pudo. Corrió con el corazón bobeando fuertemente e intentó nuevamente con la otra ventana, mientras escuchaba cómo la bestia que se hizo pasar por Azucena se estrellaba contra la ventana anterior, en un fallido intento por atraparla. De pronto, sintió un gran peso sobre ella. Era "Derek", que ahora se encontraba igualmente transformado en ese espantoso aspecto.

—¡No te dejaré ir! —una horripilante voz gritó sobre su oído, aturdiéndola mientras sentía cómo sus garras se clavaban sobre sus hombros.

—Ya lo veremos… —con un gran coraje se dejó caer en el suelo, rasgando las ropas que habían sido atrapadas por esas largas uñas, rodó sobre el mismo suelo y se incorporó para llegar a la primera ventana que había intentado abrir, ahora estaba rota y, gracias a eso, le permitió saltar al exterior para poder escapar.

Gracias al cielo no era un segundo piso, se levantó y comenzó a alejarse de esa enorme y tétrica casa. Corrió, corrió y corrió, sorprendiéndose de no ser atrapada en el intento. Sus piernas querían descansar, pero su corazón le gritaba una y otra vez que no se detuviera, que corriera y corriera aún más. ¿Has sentido alguna vez el miedo? ¿Has deseado con todas tus fuerzas que lo que esté ocurriendo sea una vil mentira?

Los árboles la golpeaban al pasar, la tierra estaba resbalosa y sentía el frío fantasma de lo que anteriormente fue una lluvia torrencial. Se detuvo y observó el lugar de donde había escapado: una enorme construcción medieval de madera y piedra que se encontraba en medio de un tupido bosque. Desorientada, continuó su caminar hasta que tropezó a causa de algo que sus ojos no alcanzaron a ver y se desplomó sobre el lodo. Se levantó temblando, y divisó que tras ella se encontraba el cuerpo de otra persona.

—No, por favor… no, por favor… —imploró al acercarse y ver, efectivamente, un rostro conocido.

Aún respiraba.

—Vaya, me alegra verte con vida…Tranquila, no pudieron matarme las estúpidas brujas —con dificultad sonrió y escupió algo de sangre al pasto húmedo—. Encontramos su debilidad, o al menos eso ha sido gran coincidencia… no pueden matar a quien tiene seguro el corazón. Lo pude ver… perras…

—Pero, no entiendo lo que estás diciendo, Leonardo —apresuradamente, presionó la herida que estaba en el hombro izquierdo del muchacho para evitar que se desangrara.

—Chingado, ¿quieres que te cuente o que te explique cómo sobrevivir antes de que estire la puta pata?

—Está bien, lo siento. Dime, ¿qué es lo que sabes?

—Derek y Azucena fueron los primeros, después de que tú y Catalina desaparecieran… ¿sabes por qué?

Con sorpresa y tristeza, Sinaí, negó con la cabeza.

—Catalina también… Leonardo ¡¿Qué sucedió?!

—Están muertos…

El silencio se hizo presente.

—¿Estás enamorada? —clavó su mirada en los ojos de la joven— Contesta… jodido dolor…

—Pues… sí, creo que sí… —rasgó parte de su vestido para que la contención de la hemorragia fuera más efectiva— ¿dónde están todos?

—Estás jodida también…

—¡¡Pero, Leonardo!!... ¡¿Y eso que tiene que ver con que la leyenda de Gotland sea real?!

—Es sencillo: ellas pueden percibir tus emociones, pero, cuando estás enamorado, todo sentimiento es más profundo. Eres tan vulnerable como una apestosa flor; te huelen y luego proceden a arrancarte sin que te puedas defender, pues eres una insignificante flor. Y, de lo contrario, eres como alguien invisible ante ellas.

Observó el rostro agonizante de su amigo y comenzó a unir todas las piezas. Ellas necesitaban algo de las personas, pero solo podían atacar a algunas en especial.

—Dime algo, Leonardo… ¿Por qué te atacaron a ti?…

—¿Es enserio? —con un deje de fastidio, sus ojos comenzaron a llenarse— Una estupidez…

—Leo…

—Mi Catalina, no pude hacer nada por ella.

—Entonces era cierto… —una punzada llegó a su corazón.

—Tan cierto como que el amor se puede convertir en odio… —presionó sus puños con impotencia—. La vi morir frente a mis propios ojos… y no, no pude decírselo, ni siquiera en sus últimos minutos de vida…

La mirada del joven se perdió en el firmamento que se encontraba nublado, intentando evitar que todos sus recuerdos se convirtieran en penosas lágrimas.

—Kevin fue a buscar ayuda, dijo que pudo ver una vivienda no muy lejos de aquí. Estúpido… no ha regresado… —expresó una triste sonrisa y, luego, un gesto de dolor hizo su aparición.

—No puede ser, se ha ido directo a ellos… —frunció el ceño, buscó la mano derecha de Leonardo y la puso sobre su hombro para que continuara con su tarea—. Tengo que buscarlo…

—Pero, que idiotez. Mujer, ¿has perdido la cabeza? Eres débil, ¿cómo piensas enfrentar a esas asquerosas arpías?

—¿Sabes algo? Sí, soy débil, y estoy desquiciada. Prefiero morir, a vivir con la culpa de haber abandonado a mis amigos… —se levantó, con el dorso de su mano limpió el lodo y las lágrimas que le cubrían el rostro y se encaminó hasta aquella enorme mansión.

—Sinaí… —con voz ronca—. Toma, que tengas suerte —y le lanzó el encendedor que utilizaba para prender sus cigarrillos.

—No subestimes el poder de la invisibilidad… y del fuego —dedicándole una sonrisa, presionó el encendedor con fuerza—. No te muevas de aquí…

—Como si pudiera hacerlo.

Leonardo sonrió mientras veía a su compañera alejarse.

Estaba segura que podía lograrlo, pues toda su vida la había dedicado a esconderse dentro de ella, sin que los demás pudieran percibir un ápice de sus emociones. Jamás se había enamorado, ese era el motivo por el cual no pudo controlar esa ráfaga de sentimientos anteriormente, pero ahora era necesario enterrar nuevamente todo lo que sentía para ayudar a sus amigos. Era una tumba. Y no iba a detenerse hasta encontrarlos.

—Kevin… Alex…

El viento soplaba con más fuerza cuando los truenos y relámpagos hicieron su aparición, agitando con brusquedad las copas de los árboles que había dejado atrás. Se aproximaba una tormenta. Detuvo su caminar

en seco frente al lugar del que había escapado, segura de que los encontraría.

No se podía explicar cómo terminó en esa situación, solo sabía que se encontraba ahí, escondido, guardando la respiración para no ser descubierto. Aunque entendía que no podía ser visto, aún no estaba seguro de que el ruido que produjera sería contraproducente en ese momento, así que, por precaución, caminaba con sigilo por los pasillos de la enorme casa que era habitada por esos seres malignos que se alimentaban del miedo de las personas. Y qué mejor que de los extranjeros, personas a las que muy probablemente olvidarían los habitantes de ese lugar, evitando la sospecha del deseo que se proponían alcanzar: dominar nuevamente la isla de Gotland, reclamando lo que fue suyo hacía mucho tiempo atrás.

Observó con detenimiento a las supuestas personas que conversaban en una habitación enorme, se encontraba situado justo enseguida de un pilar de madera cubierta de blanco estuco. Susurraban en un idioma que no podía entender, pero, a pesar de eso, él sabía muy bien que tenían la habilidad de comunicarse con sus presas claramente, infundiéndoles temor. No obstante, no eran totalmente poderosos, lo podía deducir fácilmente, esos seres aún no estaban a su máximo nivel, por eso se escondían. Lo sabía, y esa capacidad para analizar las situaciones fue lo que lo salvó enseguida, ¿por qué atraerlos entonces a un lugar donde no pudieran pedir auxilio? Porque tenían una debilidad, aparte del punto ciego que habían descubierto ya con anterioridad —que sólo podían sentirlos a través de sus más fuertes emociones—, y esa debilidad ansiaba por ser encontrada.

"*Si no puedo pedir auxilio, al menos tengo que descubrir algo y advertir a los demás…*" era lo que lo mantenía en ese lugar, precavido, al ver como esos seres con forma humana se desplazaban de una habitación a otra. Sin sospechar que un intruso los estaba espiando con una gran capacidad para mantener al margen sus emociones, a pesar de su alegre personalidad, pues Kevin era una persona fría y controladora por dentro, seguían con sus extraños rituales diabólicos. Recorriendo los oscuros pasillos que amenazaban con derrumbarse en cualquier momento, Kevin, seguía en busca de la clave para vengar la muerte de sus amigos. No los

perdonaría.

Un débil gemido llamó su atención cuando el rechinar de una puerta lo dejó frente a frente con una arpía en su forma original; enorme y espeluznante bestia arrugada con cara de mujer demacrada; largas y afiladas uñas adornaban sus huesudos dedos; sus ojos eran como un profundo abismo negro que amenazaba con provocar el más terrible dolor que pudieras imaginar. Por un momento, su respiración se alteró, provocando que la horrible bestia se detuviera a olfatear, más cerca. Él, caminó sobre sus propios pasos, hacia atrás, para evitar ser tocado por la horrible bruja que exhalaba un asqueroso hedor, intentando calmar sus nervios y repitiéndose que sin emociones era un ser inerte para ellas.

La fea bruja se marchó después de no encontrar nada fuera de lo común.

Escuchó nuevamente ese gemido y corrió a echar un vistazo a la maloliente habitación, para descubrir, que dentro de ella, se encontraba su amigo Alex, apenas reconocible bajo los rasguños que cubrían su rostro y torso enteros, formando unas figuras extrañas, bañándolo dolorosamente en su propia sangre que caía sobre un círculo que encerraba un pentagrama modificado, con distintas escrituras a su alrededor.

—No puede ser… también tú, Alex… —Se acercó a él para desatar sus brazos que eran sujetados por una soga que estaba amarrada en una viga del techo, obligándolo a permanecer de pie mientras agonizaba de dolor.

—Kevin… —dijo, apenas audible— ¿eres tú?

El joven de lentes lo recostó lentamente sobre el suelo, sin poder evitar lastimarlo en el acto. Su inexpresivo rostro demostraba que aún mantenía el control de sus emociones a pesar de lo que estaba sucediendo.

—Tenemos que salir de aquí, ¿entiendes? —se quitó la casaca medieval, quedándose tan solo con una playera blanca que se encontraba empapada de agua y sudor, sacó la navaja que siempre cargaba consigo y comenzó a trozarla para cubrir las heridas de su compañero—. Tienes que hacer un esfuerzo y ayudarme, esconde tus emociones porque, si no, nos van a oler, nos descubrirán, y pues, ya sabes lo que pasa cuando unas feas brujas te descubren.

Un intento de sonrisa se mostró en el rostro de Alex cuando su amigo cruzó su brazo por sus hombros, sirviéndole de apoyo para caminar.

—Pon la mente en blanco y no dejes que nada te perturbe… —susurró.

Recorrieron distintos pasillos que se encontraban extrañamente silenciosos, las paredes demostraban que los años habían hecho lo suyo,

arrasando con su belleza y dejando a cambio un retrato fúnebre de lo que fue una gran obra de arte antiguamente. La madera del suelo rechinaba en ocasiones, las ventanas eran arañadas por los árboles que se azotaban por el viento, los relámpagos iluminaban la profunda oscuridad, secundados por aturdidores truenos que hacían temblar las viejas paredes. Sin embargo, ambos chicos permanecían inmutables ante todo y ante nada, pues sabían que todo se trataba de vida o muerte, por tan simple que fuese un sentimiento en medio de la abrumadora soledad de la edificación, seguro sería evidente su presencia ante esos entes que los asechaban.

Al girar a la derecha en uno de los corredores de la enorme casa, se dieron cuenta de la brisa que llegaba hasta ellos, llenándolos de un olor a lluvia fría que les avisaba que ahí había una salida que les ayudaría a escapar. Apresuraron el paso, pero una oscura silueta al final del pasillo los hizo dudar en el momento.

—No nos pueden ver, recuerda, no nos pueden ver. —Afirmó Kevin, reanudando la marcha.

Pero Alex negaba con la cabeza una y otra vez.

Había pasado desapercibida, ya después de cruzar el enorme jardín marchito que rodeaba la construcción abandonada. Entró por una gran ventana rota, deseando no ser descubierta con la mala suerte de no haber encontrado aún a sus amigos. Pero no podía perder las esperanzas.

—Díganme que están vivos… —dijo para sus adentros cuando, de pronto, advirtió la presencia de otro ser al final de ese corredor.

El viento soplaba con fuerza, burlándose de la debilidad de la chica. Pero no se dejaría intimidar, no tenía mucho que perder ahora que había sufrido todo aquello. Siguió adelante sin dejarse llevar por los recuerdos que solo lograrían que se expusiera al peligro, respiró profundo mientras su cabello se agitaba al compás con la brisa húmeda y cerró los ojos para concentrarse en la oscuridad de sus párpados. Al abrirlos, notó que ya nada se interponía en su camino (seguramente había dado vuelta por

algún corredor) y pudo continuar sin tanto titubeo.

Fue entonces cuando sintió unos brazos capturarla con brusquedad, cubriendo su boca para sofocarla y evitar que gritara.

—Tranquila, Sinaí. No te soltaré hasta que te calmes —la voz de Kevin se escuchó en un murmullo.

Apretó sus párpados con fuerza, intentando recuperar la compostura, entonces levantó ambas manos y bajó con suavidad la que cubría su boca, diciendo:

—Está bien, Kevin… ¿cómo supiste que no era uno de ellos? —volteándolo a ver al tiempo en que un relámpago iluminaba el lugar momentáneamente.

—Lo presentí, generalmente no se molestan en ocultar su forma original. Y sus uñas, son evidentemente grandes… —tomó su pequeña mano y la miró a detalle.

Mientras tanto, Alex se concentraba en mirar a otro lado, despejar su mente, ponerla en blanco.

—¿Alex? —La joven se percató de su presencia— ¿estás herido?

Se acercó con precaución hacia él, pero él se apartó de ella, sin mirarla. No podía, no debía hacerlo o el control de sus sentimientos se vendría abajo. Pero ella insistía, lo llamaba por su nombre, preocupada al verlo en tales condiciones.

—Alex, ¿qué sucedió? —acercándose con precaución.

Pero él no respondía, no la miraba, no la escuchaba. "*Ya basta, Sinaí*" pensaba una y otra vez. Fue entonces cuando lo tomó por el brazo y lo obligó a mirarla, poniendo ambas manos en su rostro herido.

—No me hagas esto… —expiró con debilidad mientras miraba el rostro del joven.

No pudo soportarlo más y sucedió lo inevitable. La abrazó con su dolorido cuerpo, suspiró sobre su cuello, sumió sus dedos entre el largo y mojado cabello que tanto deseaba acariciar. Acercó sus labios hasta los de ella, muy lentamente, y la besó como nunca pudo hacerlo, sus brazos la abrazaron con más fuerza, con miedo de perderla de nuevo. Ella se dejó llevar y su corazón dio un vuelco que arrasó en lágrimas sus ojos. Sentía que el tiempo se detenía y que no podía pasar nada más que pudiera impedir el hecho de estar juntos. Era un verdadero milagro, pues jamás

pensaron que volverían a verse.

—Escucha… te amo… —dijo Sinaí al ver los hermosos ojos del joven que tenía frente a ella, esos ojos que había anhelado tanto ver.

No obstante, antes de que él pudiera decir algo, se dieron cuenta de la verdadera frustración de Kevin.

—No es por ser mala onda… pero nos acaban de meter en un verdadero aprieto.

Lo siguiente pasó realmente rápido. El sonido de las paredes desgarrarse, las ventanas romperse en mil pedazos y la tormenta inundar el ambiente con sus estruendos aturdidores fue lo que les hizo darse cuenta que descubiertos habían quedado ante todas las arpías que desplegaron sus huesudas alas para terminar persiguiéndolos como fieras hambrientas, dispuestas a todo para arrancarles las entrañas y saciar su deseo de venganza. Corrieron lo más rápido posible, evadiendo las garras que buscaban dañarlos, tirando todo lo que estuviera a su paso mientras seguían adentrándose en la casa y escondiéndose dentro de una habitación, colocando entre la puerta y ellos un enorme leño que se encontraba en el lugar.

Observaron que el sitio estaba lleno de mantas y pieles viejas que en algún tiempo pasado sirvieron de abrigo a los antiguos habitantes.

—Chicos —Sinaí mostró el encendedor que llevaba en manos—. Ellas no lo soportan…

Se apresuró a tomar las polvorientas telas para ponerlas en el suelo y, con la ayuda de la navaja de Kevin, trozarlas en pedazos y enrollarlos en los maderos que Alex había arrancado de la ventana, formando unas teas improvisadas. Con ayuda del encendedor fueron prendiéndolas y, cuando una de las bestias logró abrirse paso hasta ellos, fue cubierta por una de las viejas pieles e incendiada en el intento, pues la combustión se aceleró en cuanto tocó su grisácea epidermis. Lanzó entonces un alarido desgarrador que erizaba la piel. Lo cual solo logró poner más furiosas a las demás brujas que prontamente se abalanzaron contra ellos, quienes, a golpes y empujones corrían a través de los interminables pasillos que se iluminaban con los rayos que provocaba la tormenta.

Mientras corrían, dejaban que el fuego abrasara con avidez todo a su paso. Atrapando lo que se interpusiera en su camino, incluyendo a las arpías. Los tres subieron las escaleras que llevaban al segundo piso y giraron dificultosamente a la derecha, pues la velocidad y sus pies mojados hacían que cada vez fuera más difícil mantener el equilibrio. El fuego se extendió con más rapidez de lo esperado, envolviéndolo todo en un verdadero infierno que crecía a pasos agigantados hasta traspasar el

suelo de la segunda planta, evitando que los jóvenes continuaran su escape.

—¡Por aquí! —exclamó Kevin, tomando del brazo a la chica.

Recorrieron un oscuro e interminable corredizo mientras escuchaban los horrorosos sonidos guturales que provocaban las harpías que los perseguían, jurando asesinarlos de la forma más terrible posible.

—¡¡Cállense!! —gritó Sinaí con verdadera furia volviéndose para golpear con su improvisada antorcha a la bruja que se encontraba próxima a alcanzarlos, lanzándola contra un ventanal.

Hiperventilando, se quedó observando el agujero que había quedado. Sorprendiéndose de que volviera con sus horribles dientes y sus afiladas uñas, amenazándola, salvándose por una milésima de segundo al ser atraída del brazo por Alex, quien la obligó a continuar su camino, huyendo de ahí.

Llegando al final del corredor entraron a lo que parecía ser un lugar de sacrificios y rituales, el cual, había sido alcanzado potencialmente por el fuego, obligándolos a correr directamente a una ventana.

—No puedo… —dijo la chica al ver la altura de la que caerían— Vayan ustedes, yo buscaré otra salida.

—¡No puedes hacer eso! —Exclamó Alex— vamos a salir todos juntos de aquí.

A sus espaldas, el fuego amenazaba con alcanzarlos.

—Pero… —observó la larga caída que les esperaba—. No… ¡No puedo hacerlo!

Antes de que pudiera retroceder, volvió su mirada hacia atrás, encontrándose con una arpía que se abría paso entre las llamas, volando furiosamente hacia ellos, sintiendo, de repente, cómo Kevin la cargaba y, sin poder oponerse, saltaron desde la enorme altura para caer dolorosamente entre las ramas de un enorme árbol que detuvo la velocidad de su caída, desplomándose contra el suelo luego de los latigazos que los salvaron de sufrir un impacto más fuerte. Al mismo tiempo, la arpía salió disparada en la misma dirección que ellos, a diferencia de que ésta última se encontraba envuelta en llamas, chillando irremediablemente de dolor y revolcándose sobre el suelo, sin que las llamas se pudieran sofocar con la tormenta. La combustión era potencialmente activa, no había vuelta atrás.

Con rasguños, quemaduras y cardenales, Sinaí y Kevin, ayudaron a levantar a Alex, quien se encontraba más grave en ese momento. Pero no podían perder el tiempo, tenían que volver por Leonardo y luego refugiarse tras las murallas de Visby hasta el amanecer.

—¡Malditas! —golpeando la corteza de un árbol, Kevin se lamentó la muerte de su amigo Leonardo. Pues se habían robado su cuerpo luego de haberlo asesinado, habiendo derramando su sangre sobre la misma corteza y dejando rastros en el suelo de haber sido arrastrado hacia otro lugar. Sólo el paquete de sus cigarrillos había quedado tirado sobre el pasto, mezclado con lodo.

Sinaí se limitó a enjugarse las lágrimas que se mezclaban con el chaparrón que caía sobre ellos, reclamándose internamente haberlo dejado sólo en ese momento.

Al entrar a la muralla se dejaron caer sobre el suelo empedrado. Totalmente agotados, Sinaí y Alex se abrazaron con las pocas fuerzas que quedaban en sus cuerpos.

—Sinaí… —Kevin habló sin emoción alguna en su voz, mientras se levantaba con pesadez sin quitarles la mirada de encima—. Ven aquí…

Extendió su mano al tiempo en que caían las últimas gotas de la tormenta.

Pero ella no aceptó y se aferró más a Alex, no confiaba en la mirada misteriosa que le clavaba el chico de lentes. La mano de Alex presionó

suavemente su brazo, algo no estaba bien.

—Sinaí… Sinaí… escúchame, pequeña… —se acercó unos pasos a ellos.

Ambos se levantaron de inmediato y comenzaron a alejarse de lo que creían que era Kevin.

—¡Carajo, aléjate de él! —vociferó Kevin cuando Alex sacó la navaja que le pertenecía y se la clavó en la espalda a la chica, arrancándole un grito de dolor.

De pronto un alarido brotó de la garganta del agresor, retorciéndose de dolor comenzó a transformarse en una de las bestias que los habían atacado antes, abalanzándose contra Kevin. El cual, con verdadera ira, comenzó a pelear con él, haciendo evidente la diferencia de fuerza que los dividía. Era claro que, lo que habían hecho era con un fin en específico: aumentar en número su población con algún tipo de rito maléfico.

Kevin fue arrojado contra el suelo, donde se encontraba la navaja que había sido retirada de la espalda de Sinaí, llena de sangre. La tomó con decisión y la arrojó directamente a su cabeza, perforándole entre donde deberían estar sus cejas. Cayó de rodillas al suelo y, aullando de dolor, escapó, extendiendo sus alas, antes de que el sol saliera y extinguiera su corta existencia.

Consternado, el chico delgado, alto y de lentes, se acercó a gatas hasta donde se encontraba la pequeña de cabello castaño cobrizo, cubierta de sangre ajena y suya. Tirada sobre el suelo, llorando desconsoladamente.

—¿Te duele mucho? —preguntó lo evidente mientras presionaba la herida de la chica con ambas manos.

Ella negó con la cabeza entre lágrimas.

—Me duele más aquí… —colocó ambas manos sobre su pecho y continuó llorando lastimosamente.

Kevin se acercó más a ella y la abrazó tiernamente, acariciando su cabeza mientras ella lloraba sobre su hombro. El sol comenzó a asomarse entre las nubes, formando un arcoíris en el profundo cielo azul. Ya todo había pasado…

Se encontraban a bordo del transbordador que los regresaría a Suecia para luego dirigirse a la capital, Estocolmo. De ahí, decidir cómo continuar con esa segunda oportunidad que se les había concedido. Ya habían hecho lo necesario, nadie les había creído pensando que todo había sido un mero accidente. Imposible. Absurdo.

Después de reportar la desaparición de sus amigos, la policía hizo sus investigaciones sin encontrar nada más que aquella mansión hecha cenizas. No había pruebas contundentes que demostraran lo contrario a lo que se había diagnosticado; éstos jóvenes se habían perdido en el bosque de Gotland, luego de huir por causar la destrucción de una de las construcciones más antiguas e importantes de la isla, todo esto debido a alguna travesura que se salió de control, una travesura ya planeada con anticipación que logró ahuyentar a una de sus compañeras de viaje. Por último, harían todo lo posible por encontrarlos, pero los otros dos jóvenes no tenían permitido pasar más tiempo en ese lugar. Era eso, o les levantarían otra orden de restricción por desacato a las autoridades.

—Kevin… —pronunció la joven, quién había perdido el brillo en su mirada y, temblorosa, no había soltado la mano del joven en todo el trayecto.

—Dime —una triste sonrisa se formó en sus labios mientras pasaba el brazo sobre sus hombros y la abrazaba.

—No, nada…—recargó su cabeza en el hombro del muchacho, acomodándose para dormir un poco. Aunque solo lograra tener pesadillas.

Cuando llevaba un tiempo dormida, el joven la colocó sobre su regazo para que descansara mejor, acarició su cabello y le acomodó la blusa que se levantó un poco, mostrando la pálida piel de su costado lleno de cicatrices. Cicatrices que se extendían hasta su espalda, formando algún tipo de símbolos extraños…